

10 de Noviembre 2024 - XXXII Domingo Ordinario (B) **PURGATORIO (2024)**

Para leer las lecturas, mira: [aquí](#).

Homilía de Padre Sirba:

Hoy quiero decir algunas cosas sobre la Misa. Más precisamente, quiero decir algo sobre la idea del sacrificio y cómo está conectado con la Misa de una manera esencial. Esta idea de sacrificio se plantea en nuestra segunda lectura con respecto al contraste entre el sacrificio ofrecido por el sumo sacerdote y el ofrecido por nuestro gran sumo sacerdote, Jesucristo.

Ahora, antes de decir más, permítanme señalar que llamamos al Sacramento de la Eucaristía con muchos nombres diferentes. La llamamos Eucaristía porque es una ofrenda de agradecimiento y alabanza. La llamamos Cena del Señor como recordatorio de la Última Cena en la que nuestro Señor instituyó la Misa y se entregó como alimento sacramental a Sus Apóstoles. La llamamos Divina Liturgia porque es una obra santa. La llamamos Misa porque desde ella somos enviados a llevar el amor de Cristo al mundo. La llamamos Sagrada Comunión porque por este Sacramento estamos unidos a Cristo. Finalmente, lo llamamos Santo Sacrificio porque nos hace presente el único Sacrificio de Cristo, su ofrenda de sí mismo a su Padre.

Como mencioné, nuestra Segunda Lectura del Libro de Hebreos se refiere a esta idea de sacrificio cuando habla del Sumo Sacerdote que entraba al santuario del Templo cada año para ofrecer sacrificio. Luego compara el Sacrificio que ofreció nuestro Señor Jesucristo al del Sumo Sacerdote. Ahora bien, este sacrificio de Cristo que describe la Carta a los Hebreos es en realidad el Sacrificio de la Misa, la misma Misa a la que asistimos cada domingo.

Aquí es necesario decir que esta idea de sacrificio es muy extraño a nuestra forma moderna de pensar. De hecho, la mayoría de la gente no piensa en ello en absoluto, y hay una razón para ello. O no piensan en el sacrificio porque han perdido el sentido de la santidad de Dios, o no creen en Dios en absoluto. De ello se deduce entonces que estas personas tendrán problemas para comprender su indignidad de presentarse ante Dios y estar en Su presencia. En cambio, los pueblos antiguos no tenían este problema.

Por ejemplo, los antiguos israelitas ni siquiera pronunciaban el nombre de Dios. Sólo el sumo sacerdote podía pronunciar el nombre de Dios y sólo una vez al año en el templo sin que nadie más pudiera oírlo. Los patriarcas también comprendieron su indignidad de presentarse ante Dios. Por ejemplo, esto es lo que Job le dijo a Dios: "**¡Soy tan poca cosa! ¿Qué puedo responderte? Reconozco que lo puedes todo, y que eres capaz de realizar todos tus proyectos Hablé sin inteligencia de cosas que no conocía, ... Por esto retiro mis palabras y hago penitencia sobre el polvo y la ceniza (40:4; 42:2,3,6).**"

Fue debido a sus pecados y su indignidad que los israelitas ofrecieron sacrificios a Dios. Además, fue porque entendieron claramente la santidad de Dios y su propia pecaminosidad que sólo se acercaron a Dios a través de los sacerdotes.

Los israelitas sabían que todo lo que tenían era un regalo de Dios. Sabían que nada podían hacer sin Dios. Entonces, en acción de gracias y para compensar sus propios pecados, tomaban lo mejor que tenían, el carnero más perfecto de su rebaño o el mejor buey de su rebaño o una parte de su cosecha de trigo, y se los devolvían a Dios.

Esto lo hicieron llevando sus ofrendas al templo, y allí sacrificaron los animales y quemaron su carne en el altar del sacrificio hasta que se consumió su ofrenda. Así le devolvieron a Dios una pequeña parte de lo que Él les había dado y así ofrecieron sacrificio por sus pecados.

Ahora bien, esto nos suena muy extraño hoy en día, pero de hecho, cuanto más lo pensamos, más sentido tiene. Cuando hacemos algo mal, nuestra inclinación natural es compensarlo. Si rompes algo, ofreces a pagar por ello. Los jueces exigen que los ladrones hagan algo para restitución. Después de una pelea, un marido podría regalarle flores a su esposa.

Eso es lo que hicieron los israelitas. Ofrecieron sacrificio a Dios por sus pecados. Le devolvieron a Dios lo mejor que tenían, y para asegurarse de que Dios recibiera su sacrificio y que no fuera usado por otra persona, destruyeron su sacrificio con fuego.

Ahora bien, como mencioné, no todos podrían ofrecer este sacrificio. Dios era demasiado santo para eso. En cambio, sólo aquellos que Dios seleccionó podían ofrecer los sacrificios del templo, y estos eran hombres de la tribu de Leví. Eran los sacerdotes de Dios, mediadores entre Dios y su pueblo. El pueblo llevaba sus ofrendas a los sacerdotes, y los sacerdotes a su vez las ofrecían a Dios.

Sin embargo, y esto es importante, estas ofrendas que los sacerdotes levitas hacían en nombre del pueblo no podían compensar los pecados del pueblo. Esto se debe a que la gente sólo podía ofrecer a Dios lo que Dios ya les había dado, es decir, sus animales o sus cultivos. Sin embargo, ese no fue un sacrificio digno porque eran regalos que Dios les había dado. Así que sólo estaban devolviendo a Dios algo que habían recibido de Él.

Piénselo de esta manera. Supongamos que alguien le prestó \$50 y luego usted le devolvió \$25 y luego dijo: "¡Ya está, ahora estamos empatados!". Aún les deberás \$25. El quid de la cuestión era simple. Era imposible que los sacrificios del pueblo compensaban sus pecados porque no tenían nada que darle a Dios que fuera verdaderamente suyo, nada que Dios no les hubiera dado. Eso explica por qué los sacerdotes ofrecían sacrificios una y otra vez.

Pero todo esto cambió cuando vino Cristo. Como dice Hebreos, **"Jesús, en cambio, permanece para siempre y no se le quitará el sacerdocio. (Heb 7:24)"** y por eso **"es capaz de salvar de una vez a los que por su medio se acercan a Dios. El sigue viviendo e intercediendo en favor de ellos. (Heb 7: 25)."**

Jesucristo se convirtió en el gran sumo sacerdote **"que ha entrado en el mismo cielo (Heb 4:14)"**. Debido a que Él vive para siempre, no necesita ofrecer sacrificios día tras día como los sacerdotes levitas. Más bien, Su único sacrificio sería y es suficiente.

Además, debido a que Jesús es Dios el Hijo, su ofrenda no estuvo limitada por el tiempo. Recuerde, San Pedro dijo **"para el Señor un día es como mil años y mil años como un día (2 Pe 3:8)"**. Entonces el sacrificio que Jesús ofreció es un sacrificio eterno. Lo que Él ofreció hace tanto tiempo según nuestro tiempo, lo continúa ofreciendo hoy y mañana y el próximo y por los siglos y por toda la eternidad. Por eso el Padre dijo de Jesús: **"Tú eres sacerdote para siempre (Heb 7,17)"**.

Entonces, si los sacerdotes del Antiguo Testamento ofrecían ovejas, cabras y vacas, ofrendas imperfectas, ¿qué ofreció Jesús? Lo que nuestro gran Sumo Sacerdote ofreció fue nada menos que Él mismo. Jesús ofreció su vida por nosotros en la cruz, y eso significa que fue tanto sacerdote como víctima. Él era el sacerdote en el sentido de que ofrecía el sacrificio, y también era la víctima en el sentido de que era la ofrenda.

Entonces ¿qué es la Misa? ¿Por qué la Iglesia llama a la Eucaristía "fuente y cumbre de la vida cristiana"? Además, ¿cómo logra la unidad? En respuesta, cada vez que vamos a Misa, entramos en ese gran y eterno sacrificio, esa eterna ofrenda del Hijo al Padre. La Misa es como una puerta a la eternidad. Cuando estamos en Misa, estamos en una zona horaria muy diferente. De hecho, estamos en la presencia de Dios donde no hay tiempo sino sólo eternidad.

En la Misa estamos real y verdaderamente presentes en la Última Cena y al pie de la Cruz. Estamos allí con los Apóstoles mientras Jesús se entrega a ellos para comer, y estamos al pie de la Cruz con la Santísima Virgen y Santa María Magdalena y San Juan mientras Jesús ofrece Su vida al Padre en nombre de nuestros pecados.

Mucha gente va a Tierra Santa en Israel y hace peregrinaciones al lugar donde murió Jesús, y todo eso es bueno y maravilloso. Sin embargo, cuando estás en Misa, estás en algo mejor: en realidad estás con Jesús mientras Él se ofrece al Padre. Por eso la Misa es tan santa y la Iglesia la llama fuente de unidad entre nosotros.

En la Misa, Jesús, el gran Sumo Sacerdote, se ofrece al Padre en nuestro nombre. Una vez entendido esto, podrás ver que no hay nada en la Tierra más importante que la Misa. Entonces, al reunirnos cada semana para la Misa, unámonos cada vez más estrechamente a Jesucristo mientras Él ofrece Su sacrificio perfecto al Padre en nuestro nombre. Amén.